

Las historias que contaban nuestros abuelos: una experiencia

Jesús ARANA PALACIOS *

Introducción

En abril de 1995, con motivo del Día del Libro, llevé a cabo en la Biblioteca de Falces una actividad que titulé "Las historias que contaban nuestros abuelos". Si me he decidido a describirla en estas páginas no es ni porque la considere el colmo de la originalidad, ni porque la puesta en práctica resultara brillante. Más bien al contrario, en términos generales fue un relativo fracaso. Si la recuerdo ahora es porque me parece una actividad que, sin ser especialmente complicada, admite muchas variantes y con la que se pueden conseguir varios objetivos al mismo tiempo.

28

Después de haber organizado durante dos años consecutivos un concurso de dibujo para escolares con motivo del Día del Libro, me pareció poco original volver a insistir en la misma idea. El primer año habíamos hecho marcapáginas con los mejores dibujos que, naturalmente, debían tener por motivo el libro, la biblioteca o la lectura. El segundo año habíamos hecho un concurso de mascotas y habíamos elegido a Chompi, una especie de marciano cabezón, como la mascota oficial de la biblioteca. El jurado, tanto el primer año como el segundo, había estado constituido por artistas locales y el premio de los concursos había sido en ambos casos lotes de libros para los tres mejores de cada ciclo escolar. Así que en 1995 no me motivaba nada seguir con los concursos de dibujos. Al principio había pensado en convocar un concurso de redacciones escolares. Pero en algún momento, las cosas cambiaron de rumbo y decidí que era mejor hacer otra cosa.

Descripción de la actividad

El plan era sencillo. Escribí en un folio las condiciones para participar en la campaña y después, como había hecho en años anteriores, me fui al colegio a explicar, clase por clase, a los niños de Falces, qué era lo que pretendíamos hacer. En esencia, se trataba de que ellos fueran a pedir a sus abuelos que les contaran un cuento. A ser posible, que fuera un cuento original. Queríamos que los abuelos recordaran los cuentos que a ellos les habían contado siendo niños y que ahora ellos se los volvieran a contar a sus nietos. Los niños debían escribirlo y traerlo a la biblioteca. Sólo eso. Insistimos en que no se trataba de un concurso y que habría premios para todos los participantes. Con todos los cuentos recibidos haríamos un pequeño libro. La actividad se completaría con la asistencia a la biblioteca el Día del Libro de los abuelos que hubieran contado los cuentos más originales para que todo el que quisiera pudiera escucharlo de su propia boca. Esta última parte no se pudo llevar a cabo. El resto, sí.

* Biblioteca Pública de Barañain.

Solamente dieciséis niños secundaron la propuesta. Quiero creer que todos ellos conservarán con cariño ese libro colectivo que dicimos entre sus abuelos (o sus padres en algunos casos), ellos mismos y yo. Posiblemente, puesto que los que se animaron a colaborar eran muy pequeños, era ésta la primera vez que participaban en la elaboración de un libro. Ojalá no sea la última. Al librito que titulamos así, "Las historias que contaban nuestros abuelos", le escribí yo el siguiente prólogo:

«Parece que desde que la televisión ha venido a ocupar la mayor parte de nuestro tiempo libre, los abuelos ya no cuentan tantos cuentos como antes a sus nietos. Pero como es ésta una tradición que nos da mucha pena que se pierda, este año para el día del libro, desde la biblioteca hemos pensado que sería un buena idea animar a los niños de Falces a que pidan a sus abuelos que les vuelvan a contar cuentos.

No queríamos hacer un concurso. Pedimos a los niños que cada uno escribiera un cuento tal y como se lo fuera contando una persona mayor. Si era un cuento original muchísimo mejor, si no, tampoco importaba. A lo mejor, les dijimos, la Caperucita Roja del cuento de nuestro abuelo en vez de tener la caperucita roja la tenía verde, o Cenicienta, en vez de perder un zapato de cristal lo que pierde es una zapatilla llena de diamantes. No importa. Lo que de verdad nos encantaría, les dijimos a los niños, sería que los abuelos que hayan contado las historias más bonitas, más graciosas o más originales, quisieran venir a la biblioteca el día del libro a contar ese mismo cuento a todos los niños de Falces que quieran oírlo.

Si con esto conseguíamos que los abuelos volvieran a contar cuentos como antes, y de paso se quisieran acercar a la biblioteca para renovar su repertorio, muchísimo mejor.

29

Este librito es el resultado de todo esto. No son muchos, es cierto, pero lo que aquí queda reflejado fueron esos momentos mágicos en los que un puñado de niños y de adultos volvieron a habitar juntos ese mundo maravilloso de los cuentos. Para que todos los que leáis estas hojas cerréis los ojos y os imaginéis que una persona querida os los está contando, es para lo que los hemos recopilado.

El libro tiene un valor incalculable porque se hizo de él una tirada limitadísima de treinta ejemplares y cada ejemplar lleva el nombre personal de su destinatario.

Y recordad siempre que si los cuentos están llenos de historias maravillosas, la biblioteca está llena de cuentos llenos de historias maravillosas y el mundo está lleno de bibliotecas llenas de cuentos, llenos de historias maravillosas. Buscadlas».

Este era el prólogo. A continuación venían los cuentos. Aparecía destacado el título y debajo el nombre del abuelo y el niño. Por ejemplo: "La Tinaja" (se lo contó Berta Pérez a Pedro Mendivil) o "La grulla con una pata" (se lo contó a Sofía Bailos Emilio, su padre).

Valoración y objetivos

Un primer objetivo, que era el de comprometer al mayor número de personas en las actividades organizadas por la biblioteca, es evidente que se conseguía. Ya no era una actividad bilateral –como en el caso de los concursos de dibujos– en la que prácticamente sólo partici-

paban el niño y la biblioteca, con unos pocos intermediarios como los maestros o los miembros del jurado. Ahora los niños debían acudir a personas adultas (padres o abuelos), explicarles el proyecto, ponerse de acuerdo en el cuento, en la forma de tomar nota, etc.

Un segundo objetivo, muy difícil de valorar, es el de que el niño compruebe por propia experiencia las diferencias de ritmo, de recursos expresivos, etc., entre formas orales y escritas de expresión y que llegue a apreciar y respetar ambas, con sus ventajas y sus limitaciones.

Un tercer objetivo era el de que los niños participaran en la elaboración de un libro, algo que en sí mismo ya es una importante actividad de animación a la lectura. Convertirse en autor (o coautor) de un libro puede despertar en el niño una relación empática con el libro hasta límites insospechados. Quizá sirva en esencia para desmitificar al libro y convertir así el acto de leer en algo mucho más próximo y para desmitificar a los autores con los que se puede pasar a tener una relación de complicidad.

Pero son lo que podríamos considerar como un cuarto y quinto objetivo lo que más me interesa destacar aquí. Por un lado se trataba de que los niños conocieran una parte importante de las tradiciones y el folklore local y por otro lado, de que la biblioteca se hiciera así con un material valiosísimo, en la medida en que es ésta la única manera de hacerse con él. Es también en estos objetivos donde se pueden introducir todas las variantes que deseemos. Se puede pedir a los niños, por ejemplo, que pidan a sus abuelos que, en vez de cuentos populares, les describan los juegos de su infancia, o las canciones, o las adivinanzas. Se les puede pedir que describan a un personaje popular. O que recuerden anécdotas de la guerra civil. O remedios caseros para curar enfermedades. O que les hablen de oficios ya desaparecidos. Los temas, como podemos comprobar, son infinitos. Pero es que además, se pueden introducir variantes en los métodos. La biblioteca podría facilitar cintas de cassette o de vídeo para que los niños en vez de transcribir, recojan directamente la voz o/y la imagen del abuelo contando estas historias del pasado. Lo que puede variar es también el colectivo de usuarios a los que va dirigida la actividad. En vez de ser los niños los encargados de recoger este material, puede ser una asociación cultural o un colectivo de jóvenes.

Este material no sólo constituiría una de las partes más preciadas de la colección local, sino que luego podría utilizarse para atraer a la biblioteca a los propios protagonistas. Para muchas personas un libro que recoge sus propias vivencias o las vivencias de personas próximas tiene, qué duda cabe, un poderoso atractivo. Por lo tanto, la utilidad de este tipo de recopilaciones no se agota en el momento en que llegan a la biblioteca. Al contrario. Quizás convenga citar aquí unas reflexiones del recientemente fallecido Paulo Freire¹.

«La biblioteca pública², como centro cultural y de aprendizaje, y no sólo como silencioso depósito de libros, es un factor fundamental en la mejora y la intensificación de una forma correcta de leer el texto en relación al contexto. Leer en contexto implica un esfuerzo hacia la comprensión correcta de la palabra escrita, del lenguaje, de su relación con la realidad de

1. FREIRE, Paulo y MACEDO, Donaldo: Alfabetización: Lectura de la palabra y lectura de la realidad. Barcelona: Paidós, 1989.

2. Sustituyo por el término de Biblioteca pública lo que en el texto aparece como Biblioteca popular.

aquél que habla y de aquél que lee y escribe, una comprensión, pues, de la relación que existe entre la lectura de la realidad y la lectura de la palabra. Por lo tanto, la biblioteca pública debe estar centrada en esta idea de la realidad en su cotexto, promoviendo seminarios de lectura en los que los lectores busquen una comprensión crítica del texto, tratando de aprender su significado más profundo, proponiendo a los lectores una experiencia estética, que incluya la riqueza de recursos del lenguaje popular.

Resultaría, por ejemplo, excelente como proyecto en un área rural, desarrollar un estudio de la historia del lugar a través de entrevistas grabadas, realizadas por bibliotecarios, documentalistas, educadores e historiadores, en la que los habitantes de mayor edad, en tanto testigos contemporáneos, se concentren en momentos fundamentales de su historia común. En breve se podría contar con una gran cantidad de relatos que constituirían una parte viviente de la historia del área... Habría narraciones de famosas figuras populares, del "loco del pueblo" con su importancia social, de las supersticiones, las creencias, las plantas medicinales, el doctor, los curanderos y las parteras, y de los poetas populares. También habría entrevistas con los artistas del lugar...

Con tal riqueza de material se podría publicar folletos utilizando el lenguaje –sintaxis, semántica, prosodia– de los entrevistados. Estos folletos y las grabaciones podrían utilizarse en la misma biblioteca, y resultaría material de valor incuestionable para los cursos de alfabetización para otras actividades de la misma área.

Si además se llevara a cabo este tipo de investigación en diferentes áreas de la región, sería posible intercambiar material escrito y grabado. Tal vez en ciertas zonas rurales, y para dar lugar al mayor nivel de comunicación oral, los grupos populares optarían por escuchar más que por leer los relatos de sus amigos. No habría nada de malo en ello.

Sin duda alguna, uno de los innumerables aspectos positivos de un proyecto como éste reside en el reconocimiento fundamental del derecho de las personas a ser sujetos de la investigación orientada a conocerlos mejor, y no el objeto de la investigación que realizan los especialistas sobre ellos».

Estos proyectos de Paulo Freire se enmarcan en una pedagogía orientada a zonas muy desfavorecidas y a menudo con altos índices de analfabetismo, como no podía ser de otra manera tratándose del autor de "Pedagogía del oprimido", el libro de cabecera de toda una generación de maestros progres. Lo que me interesa destacar es que muchos de sus planteamientos son, salvando todas las distancias, perfectamente aplicables a unas comunidades rurales, como las nuestras, en las que ha desaparecido el analfabetismo: todos sabemos leer y escribir, pero donde la mayor parte de la población sigue sin sacar mayor utilidad ni mayor placer de ese conocimiento.

Soy consciente de lo ridículo de comparar la modesta actividad llevada a cabo hace dos años en Falces con las propuestas de Freire. Y sin embargo, me doy cuenta de que ése es un camino poco explorado y que ofrece muchas posibilidades a quien se dedica a transitarlo. Con "Las historias que contaban nuestros abuelos" sólo se ha pulsado una puerta. Desde aquí me gustaría animar a más compañeros a atravesarla.

Quiero terminar estas líneas citando a Luis Puente Lanzarote, un compañero con quien, por más que lo intento, me cuesta no estar de acuerdo. En el número 1 de TK³ escribía Luis lo siguiente:

«No nos conformemos con lo que a la biblioteca llega por los cauces ordinarios. Hay bibliotecas, sobre todo en las pequeñas poblaciones, que, con algo de esfuerzo y colaboración y con muy poco dinero, podrían registrar ciertos conocimientos que, de otro modo, desaparecerán para siempre con la muerte de las personas que los portan en sus cabezas. Un escritor de Mali ha dicho: “en África, cada anciano que muere es una biblioteca que arde”. También en Navarra, en los lugares pequeños, es fácil conocer personas que guardan en su memoria cosas muy valiosas que dentro de nada se extinguirán: podrían grabarse entrevistas a, por ejemplo, las personas que hablan un vascuence local, los curanderos, los que hacen faenas tradicionales (artesanales o agropecuarias), los mayores en general, los testigos y actores de acontecimientos históricos (el primer ejemplo es la República y la Guerra Civil), los contrabandistas, los eruditos locales (aunque mejor sería facilitarles la publicación de sus escritos). Desgraciadamente, en las poblaciones grandes se acrecienta la dificultad de obtener noticia de esas personas, y además su desconocimiento del bibliotecario aumenta la desconfianza y las dificultades».

A. P.